

Para una crítica de todos los Trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo

Towards a critique of every Work and Labour: the split of value theory and the feminist criticism of capitalism

Álvaro BRIALES

Universidad Complutense de Madrid

abriales@ucm.es

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº7: 153-179]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: noviembre de 2013 || Fecha de aceptación: mayo de 2014

RESUMEN: En este artículo resumimos las ideas básicas de la teoría de la escisión del valor de Roswitha Scholz, y subrayamos su potencial para dialogar con lo que algunas feministas vienen llamando "la contradicción entre capital y vida". Para poder entender esta teoría, realizamos un resumen de las características básicas de la relación entre marxismo y feminismo, sus usos problemáticos del concepto de trabajo –especialmente la confusión entre trabajo como actividad y como relación- y la corriente de pensamiento conocida como *crítica del valor*. Según Scholz, el *valor* –como forma capitalista de la riqueza- se encuentra en el origen de la asignación de menor valor económico y social a las actividades feminizadas. En un sentido histórico-estructural, la *desincrustación* de la esfera económica de la vida ha delimitado de modo particular el campo del trabajo –asignado a lo masculino- y ha invisibilizado su necesaria relación con las actividades menos mercantilizadas pero básicas para la sostenibilidad de la vida –asignadas a lo femenino-. Por este motivo, para Scholz el trabajo es una relación social esencialmente capitalista y masculina, lo que polemiza con aquellos enfoques feministas que han reivindicado la expansión del concepto de trabajo para el reconocimiento social de las actividades más feminizadas.

Palabras clave: teoría de la escisión del valor, Roswitha Scholz, capitalismo, patriarcado, crítica del valor.

ABSTRACT: In this article we summarize the basic ideas of the split of value theory by Roswitha Scholz, and emphasize its potential to dialogue with the feminist issue of "the contradiction between capital and life". To understand this theory, we make a summary of the basic characteristics of the relationship between marxism and feminism, its problematic uses of the concept of labour and work –especially the confusion between work as an activity and labour as a relationship- and the school of thought known as the *critique of value*. According to Scholz, *value* –as the capitalist form of wealth- is at the origin of the assignment of lower economic and social value to the feminized activities. In a historical-structural sense, the *disembeddedness* of the economic sphere of life has delimited in a particular way the field of labour –assigned to the masculine- and has obscured its necessary relation to the less commodified but basic activities for the sustainability of life –assigned to the feminine-. Therefore, labour is essentially a capitalist and masculine social relationship, what is polemic in relation with all those feminist theories that have claimed the expansion of the concept of work for the social recognition of the most feminized activities.

Keywords: split of value theory, Roswitha Scholz, capitalism, patriarchy, critique of value.

1. Introducción: ¿Qué significa la contradicción entre capital y vida?¹

Muchos de los posicionamientos dentro de la economía feminista defienden la indisoluble unión entre patriarcado y capitalismo. De ahí surgen preguntas de hondo calado sobre las que parece no haber consensos muy definidos: ¿cómo abordar eso que hemos llamado el conflicto “intrínseco” entre capital y vida? ¿De qué hablamos exactamente cuando nos referimos a ese conflicto como “intrínseco”, “contradicción intrínseca”, “irreconciliable”, “imparable”, etc.?² ¿Si es intrínseco significa que, en cierto modo, es automático o involuntario? ¿O depende en último término de intereses patriarcales y capitalistas más o menos voluntarios? ¿Es un conflicto de intereses sin más? ¿Por qué decimos que es tan irresoluble? ¿Qué habría en el capital, como un *sistema* que lo hace irreformable, indomesticable, imparable y absolutamente incompatible con la vida? ¿Por qué las empresas son “centrales” en este sistema económico en detrimento de los cuidados? En definitiva, ¿cómo poner los cuidados en el centro en una economía capitalista con una capacidad de destrucción a nivel global que parece no tener fin?

Las respuestas a estas preguntas no son simples pero resultan fundamentales para avanzar en el reto de poner la vida en el centro de la economía. Por este motivo, este artículo intenta hacer un esfuerzo por hacer dialogar y compatibilizar teóricamente las críticas actuales del capitalismo con los argumentos feministas fundamentales. Para ello, el objetivo que nos proponemos en este artículo es mostrar las potencialidades del diálogo entre la economía feminista crítica y la teoría de la escisión del valor que Roswitha Scholz³ ha desarrollado en las últimas dos décadas. Veremos que, según esta autora, algunas de las críticas feministas conllevan una teoría implícita o explícita del capitalismo con algunas limitaciones a la hora de comprender la jerarquía de géneros. Podríamos resumir estas limitaciones en dos puntos:

1) Por un lado, a menudo vemos usos de algunas categorías de la crítica de la economía política de Marx que siguen arraigados bajo algunos de los supuestos del marxismo tradicional y de la propia economía política clásica. Por ejemplo, la categoría de capital

1 Este artículo es una versión de la comunicación “El patriarcado productor de mercancías: la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz”, que presenté en el IV Congreso de Economía Feminista, y profundiza algunas de las interesantísimas cuestiones que allí se debatieron. Forma parte de mi trabajo como investigador FPI asociado al proyecto “Trabajo, cuidados, vida personal y orden social en los mundos de vida de la sociedad española” (CSO2010-19450), dirigido por Carlos Prieto. Las reflexiones aquí presentadas son producto de un diálogo con mucha gente entre el feminismo y la teoría crítica de Marx. Agradezco las discusiones en la Universidad Complutense donde hemos tratado algunos de los temas de este artículo: el grupo de lectura de Marx con Carlos Castillo, el de cuidados con compañeras de Sociología, el proyecto TRACUVI, el grupo de lectura de *crítica del valor* con Mario Domínguez, y el curso organizado en el CSIC sobre las nuevas lecturas de Marx. No menos importantes han sido las cenas con los “machitos beta” y todas las compañeras que me enseñan feminismo teórico y práctico. Los posibles errores pueden deberse a lo mucho que me queda por aprender.

2 “El descubrimiento del trabajo no remunerado en la década de 1960 fue el resultado de tendencias intrínsecas a la economía misma” (Himmelweit, 1995: 220); la “contradicción intrínseca entre las necesidades de cuidado de la vida y las necesidades de valorización de capital” (Pérez Orozco y López Gil, 2011: 24); “dos lógicas tan contradictorias no se pueden conciliar” (Carrasco, 2001: 23).

3 Roswitha Scholz (1959) es una autora alemana que es considerada como la representante feminista en el alemán grupo *KRISIS*, que editaba la revista con el mismo nombre, y que a partir de 2004 se renombró como *EXIT!* Este grupo se orienta a la producción de análisis y teoría crítica. Los textos de Scholz se pueden encontrar en alemán en exit-online.org y, para el lector hispanohablante, hay 22 textos traducidos al portugués y uno al castellano en obeco.planetaclix.pt/autores. Próximamente aparecerán textos suyos en las revistas *Constelaciones*, *Youkali* y *Encrucijadas*. El audio de un interesante debate con Scholz en Madrid en noviembre de 2013 puede encontrarse [aquí](#). En francés e inglés hay muy poco material. Los textos citados son traducciones propias del portugués que seguramente contengan algunos errores, y que carecen de paginación, por lo que en algunas citas nos referimos a la numeración del texto realizada por Scholz.

suele usarse de facto como un mero sinónimo de “dinero” o de “capitalistas”; cuando se habla de *valorización* (Hirata y Zariffian, 2002: 36; Pérez Orozco, 2012: 2; López Gil, 2013: 10) no se asume lo que implica la propia teoría marxiana del valor que es el presupuesto de tal categoría; así también cuando se habla de acumulación de capital; y especialmente, cuando se usa el concepto de trabajo como una actividad orientada a fines de carácter transhistórico.

2) Por otro lado, esa noción de trabajo antropologizada, convive a menudo con un tipo de explicación constructivista que tal como se presenta no permite comprender por qué a lo largo de todas las transformaciones del capitalismo se mantiene la persistencia de la histórica jerarquización de lo masculino sobre lo femenino y de las desigualdades entre hombres y mujeres. Es decir, no es comprensible la globalidad del patriarcado capitalista desde una explicación constructivista simple. Ello entra en contradicción con un tipo de caracterización “fuerte”, que habla de un conflicto “intrínseco” e “imparable”, que al mismo tiempo, en ocasiones limita las soluciones a propuestas del tipo “hay que valorar más los cuidados” (Himmelweit, 1995: 219; Carrasco, 2001: 24; Hochschild, 2011: 213). Por más que estemos de acuerdo en valorar socialmente las actividades de cuidados, queda sin resolver el problema de qué es lo que se supone tan intrínseco al sistema, y que por tanto no se solucionará meramente por la vía de insistir en su valoración subjetiva.

Para intentar avanzar en la solución de estas problematizaciones, y antes de introducir la teoría de Scholz, hacemos un largo resumen de los supuestos de partida para que se pueda entender un tipo de argumentación que no está especialmente difundida en el contexto hispanohablante. En el segundo punto, abordamos algunos puntos clave de la relación entre feminismo y marxismo, sus ideas del capitalismo y el trabajo, y las críticas existentes a tales posiciones desde la llamada crítica del valor o crítica del trabajo⁴. En el tercer punto, mostraremos las posiciones teóricas de Scholz para desplegar la capacidad explicativa y crítica de su marco. En el último punto, finalizamos señalando las posibilidades de diálogo entre esta crítica y la economía feminista crítica.

2. ¿Con qué marxismos han dialogado los feminismos? De la ontología del trabajo a la crítica del Trabajo

2.1 La compleja relación entre feminismos, marxismos y Marx

El feminismo ha sido fundamental para criticar las limitaciones del *marxismo tradicional*⁵, con su idealización de un determinado tipo de actividad social -el trabajo asala-

4 Llamamos *crítica del valor* o *crítica del trabajo* a la corriente teórica que ha interpretado el capitalismo desde la teoría del valor de El Capital y las categorías nucleares de mercancía, valor, dinero, trabajo, capital y fetichismo, entendidas de un modo radicalmente relacional y desontologizador. Estos se pueden rastrear en diferentes escuelas y autores entre los que podemos nombrar sólo algunos como Rubin, Debord o Bensaïd, y hasta la actualidad con el grupo *Krisis* (Kurz, Scholz, Jappe, Ortlieb) en Alemania y Moishe Postone en Estados Unidos. La crítica del “valor-trabajo” podría ser usada también aunque esta noción está más connotada por el uso marxista tradicional.

5 Señalamos aquí la diferencia entre Marx y el marxismo, entendiendo este último como la corriente teórica y política que se reclamó como heredera de las ideas de Marx. Siguiendo a Postone, con *marxismo tradicional* nos referimos a todos aquellos autores que han analizado el capitalismo “en términos de relaciones de clase enraizadas en relaciones de propiedad y mediadas por el mercado” (Postone, [2000] 2007: 36), desde el punto de vista del trabajo como un tipo de actividad transhistórica, y la clase obrera como el Sujeto históricamente destinado a la superación del capitalismo. Para los autores de la *crítica del*

riado- como la única relevante o con su derivación del trabajador como único actor de lo económico y como sujeto político privilegiado para producir cambios sociales. Sin embargo, muchos conceptos de los marxismos siguen permeando muchos análisis feministas, ya que históricamente se han dado múltiples afinidades entre feminismos y marxismos. Desde que Simone de Beauvoir finalizara *El segundo sexo* con el concepto de juventud de Marx del *ser genérico* como superación de la desigualdad sexual, el feminismo ha seguido dialogando de muy diversos modos con quienes han usado ese legado teórico hasta hoy. Uno de los momentos álgidos de este diálogo fue sin duda el "debate del trabajo doméstico" en los años setenta (Molyneux, 1975; Borderías *et al.*, 1994; Rodríguez y Cooper, 2005), en el que muchas autoras tuvieron la intención de adaptar el aparatage conceptual marxista a las reivindicaciones feministas y a las actividades de las mujeres. La lucha ideológica por ampliar el concepto de "lo económico" y del trabajo se había puesto definitivamente sobre la mesa. Las discusiones se centraban en qué sentido "las mujeres son una clase" (Delphy), si el trabajo doméstico constituye un "modo de producción doméstico" (Delphy), si el trabajo doméstico crea valor (Secombe), si es productivo (Dallacosta) o improductivo, si es producción o reproducción, su salarización en tanto que trabajo (Federici), etc. Entre otras virtudes, estas discusiones consiguieron mostrar la dimensión económica de las actividades no asalariadas pero fundamentales para la vida que realizan las mujeres; también sirvió para resituar la crítica feminista en el contexto político y cuestionar algunos de sus vínculos originales con una crítica burguesa. Y en fin, todo ello mostraba la conexión fundamental entre el funcionamiento del capitalismo y la subordinación de las mujeres en diferentes planos. Sin embargo, visto desde la perspectiva histórica actual, todo ello está más que cuestionado y las feministas marxistas cayeron a menudo en el "añada mujeres y remueva": si en la concepción marxista el trabajo productivo era el que producía mercancías, entonces ellas añadían a las mujeres en lo productivo, argumentando que son productivas ya que producen a la mercancía fuerza de trabajo, que era además, la mercancía "más importante" (Dallacosta, 2009: 21-52). Si la clase era la clave de la transformación social, entonces se quería ampliar el concepto de clase para incluir a las mujeres. Con el tiempo se han visto las enormes limitaciones de tratar de acoplar un marco androcéntrico en muchos sentidos como el del marxismo tradicional a las problemáticas de género. Se hizo evidente que "marxismo y feminismo eran una sola cosa, y esa cosa era el marxismo" (Hartmann, 1980).

De este modo, el feminismo marxista –como parte de la economía feminista de la *conciliación*– ha sido problematizado por la economía feminista de la *ruptura*⁶. Con la reacción de los feminismos de la diferencia y los nuevos feminismos a que la igualdad de las mujeres se produjera por referencia a lo masculino, la teoría de Marx es asimilada a la del marxismo. La mirada feminista al capitalismo pierde así el referente marxista y adquieren mayor relevancia otras teorías críticas que dejan de lado al sujeto obrero como actor central de las relaciones sociales. En la economía feminista de la ruptura, la forma de estos debates se altera profundamente y se produce efectivamente una ruptura epistemológica a favor de la idea de *parcialidad* y de lo situado, frente a una idea

valor, la crítica de Marx es, por el contrario, una crítica *del trabajo en el capitalismo*.

⁶ De ahora en adelante nos referiremos a las tres perspectivas feministas de pensamiento económico delimitadas por Pérez Orozco (2006) entre economía del género, economía feminista de la conciliación y economía feminista de la ruptura, que muy resumidamente podemos identificar respectivamente con un feminismo institucional o socialdemócrata, un feminismo marxista-radical típico de los años setenta, y con los nuevos feminismos.

de verdad universalista⁷. A esta corriente se adscriben muchas de las posiciones más políticamente implicadas, que sin embargo no pueden evitar recurrir a conceptos que provienen de la teoría de Marx, ya sea porque forman parte del sentido común de las teorías críticas en general, ya sea porque muchas feministas los siguen usando de una u otra manera, ya sea porque el nivel sistémico que aportan los conceptos marxianos parece más adecuado a los problemas globales, o por otros motivos. En cualquier caso, se constata que el término *capitalismo* y los conceptos vinculados en su origen a la teoría de Marx son difícilmente evitables, porque efectivamente no ha surgido ninguna otra gran teoría crítica del capitalismo. Así, más que una crítica radical o un rechazo del marxismo, a menudo se tratan de complementar los que eran considerados los vacíos del marxismo, de modo que se producen adaptaciones heterodoxas que atraviesan desde la filosofía hasta la economía, de la sociología a los feminismos, etc⁸.

De esta forma, a menudo encontramos posicionamientos que implícita o explícitamente señalan al "capital", en nuestra opinión, de un modo más bien difuso que no termina de concretarse en términos teóricos, pero que sin duda sigue inspirando críticas influyentes. En el campo feminista crítico, en los últimos años sigue mencionándose recurrentemente la crítica del capitalismo para enfrentarse a la "economía del género" y/o a quienes defienden la vuelta a la llamada economía real (Ezquerro, 2011). Por tanto, en las últimas dos décadas, estos feminismos declaradamente anticapitalistas han investigado multitud de dimensiones económicas en que estaban implicadas las mujeres y/o las actividades connotadas como femeninas que han hecho que el pensamiento económico feminista concentre cada vez mayor atención. Aun cuando la teoría de fondo del capitalismo no estaba, en nuestra opinión, bien delimitada teóricamente, lo cierto es que ello tampoco era imprescindible para conseguir mostrar el carácter propiamente *económico* -de *sostener la vida* (Carrasco, 2001) en un sentido amplio- de tales actividades. Pero si en términos de investigación empírica la calidad y la creatividad ha sido enormemente alta, en términos conceptuales se ha producido una inflación del concepto de *trabajo* que a nuestro juicio es problemático. A lo que se había llamado trabajo *doméstico* en los años setenta, se le sumó el trabajo *afectivo* (Hardt, 2006), trabajo *emocional* (Hochschild, 2011), trabajo *inmaterial*⁹, trabajo *de cuidados* (Carrasco, Borderías y Torns, 2011), trabajo *reproductivo* (Federici, 2008), trabajo voluntario, etc. El término trabajo, más que estar especificado teóricamente, se convierte en una reivindicación para otorgar reconocimiento a actividades invisibilizadas a las que se les atribuye un estatuto económico. Y es entonces cuando nos preguntamos, ¿cuál es la relación de lo económico con todos estos trabajos? ¿Son todos los trabajos iguales? ¿Qué aportaciones de otras teorías pueden servir a la economía feminista para un uso crítico

7 Esta reconceptualización se da en muchos campos y corrientes del feminismo con la entrada de la teoría *queer* y Judith Butler como su representante más destacada, y las epistemologías feministas de Donna Haraway, Sandra Harding u otras.

8 Algunos de los autores de referencia a nivel internacional en estos usos heterodoxos -y a veces difusos- de los conceptos marxianos han sido Deleuze y Guattari, Hardt, Negri, Lazzarato y los postoperaístas italianos; y en el campo feminista, por ejemplo, Federici, Haug o Galcerán en España. En lo que aquí nos interesa, todas estas autoras se caracterizan por no compartir la teoría del valor en el sentido que describimos más adelante.

9 En el caso de Hardt y Negri (2000: 316-318) incurrir en errores de magnitud al identificar directamente el trabajo *abstracto* de Marx con trabajo inmaterial. Muchas feministas se han sentido cómodas en estas teorizaciones, a pesar de que Hardt y Negri siguen en el viejo esquema de la primacía de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción. Su ampliación de los sujetos productivos -científicos, informáticos, trabajadores de servicios, cuidadoras, etc.- respondería a la ampliación de la creencia del marxismo tradicional por la cual lo políticamente central coincidiría con lo productivamente central (véase nota 19).

de la categoría de trabajo, al mismo tiempo que para una comprensión actualizada del sistema capitalista?

2.2 Ambivalencias teóricas en el trabajo, los trabajos y el empleo en las discusiones feministas

Sin embargo, algunas autoras han criticado esta expansión del término trabajo, una vez que se había extendido la crítica a su definición ontológica que había reproducido el feminismo marxista (Haraway, 1991: 270). Por ejemplo, según la revisión de Himmelweit, los cuidados no podrían ser asimilados ni como trabajo ni como no-trabajo. Los cuidados como trabajo tendrían a entender éste implícitamente como “una actividad con una finalidad, que consume tiempo y energía, forma parte de una división del trabajo y es separable de la persona que lo realiza” (Himmelweit, 1995: 203), esto es, se define en términos de una forma de *actividad* transhistórica, y no de una *relación social* situada históricamente. En ese sentido, para reclamar la asalarización de las actividades domésticas y su reconocimiento, las posiciones “pro-trabajo” defienden que, si en tanto *actividad* no existen diferencias sustanciales entre el trabajo asalariado y otras actividades no asalariadas, éstas deben ser reconocidas como trabajo. Desde nuestro punto de vista, esta problemática puede resolverse distinguiendo dos sentidos fundamentales de la categoría trabajo:

1) El primer sentido se refiere al concepto moderno de trabajo como un tipo de relación social históricamente específica de las sociedades capitalistas: la *relación salarial*, por la cual una persona formalmente libre vende su fuerza de trabajo como mercancía en un mercado de trabajo.

2) El segundo sentido apela al trabajo como la actividad fundamental para la producción material de la existencia en cualquier sociedad o época, y por tanto, le otorga un carácter transhistórico¹⁰. Este último sentido es el que ha utilizado comúnmente el feminismo, puesto que las actividades de sostenibilidad de la vida serían fundamentales en cualquier tipo de sociedad. Junto con ello, la intensificación de características capitalistas en todos los ámbitos de la vida, ha llevado a menudo a profundizar esta confusión: por ejemplo, entre quienes defienden la imposibilidad de distinguir entre trabajo y vida, empleo y vida (Precarias a la deriva, 2006) o producción y reproducción, de modo que se ha hablado de la *posmodernización de la economía* (Hardt, 2006: 109)¹¹.

Paradójicamente, equiparar toda actividad económica asalariada o no asalariada a *trabajo* –deshistorizando su sentido moderno– puede conllevar, al mismo tiempo, el reconocimiento de que corresponde al dinero la capacidad de *valorar* –en el doble sentido social y económico– si una determinada forma de actividad es o no económica. Y efectivamente esta perspectiva no ha sido bien recibida en muchas feministas, ya que parece obvio que la solución no pasa por que toda actividad económica sea reconocida como

10 Este sentido sería el compartido tanto por la economía política clásica como por el marxismo tradicional. Es sabido que la etimología del trabajo como *tripalium* se refería a un instrumento de tortura. Más tarde, en los inicios del capitalismo, “trabajo” había designado aquellas actividades que solo hacían los más desgraciados de la sociedad, “la hez del pueblo” (Castel, 1997: 144). Hasta hace muy poco en términos históricos, “trabajar” ha adquirido un cierto prestigio. Para ver la diversidad de sentidos del trabajo puede consultarse Arendt ([1958] 2005: Cap. 3 y 4), Williams (1976: 316-319) o Krisis (1999: 29).

11 El caso de Hardt, por ejemplo, demuestra poca rigurosidad al citar a un autor opuesto como Robert Kurz (2004) y su idea del “colapso de la modernización”, para apoyar su propia tesis sobre el trabajo inmaterial y el fin de la teoría marxiana del valor. Para una crítica a Hardt, véase Postone (2012).

trabajo para así obtener dinero del mercado o del Estado. Pero siguen siendo innumerables las posiciones que insisten en partir de una definición transhistórica del trabajo y cuya crítica al marxismo y a los economistas en general se limita a que estos no amplían suficientemente el concepto. De este modo, se apoyan en la distinción entre trabajo y empleo (Maruani, 2002; Torns, 2007) para afirmar que el *trabajo* sería la actividad que cubre necesidades de la vida en general, mientras que el *empleo* es únicamente aquel trabajo que se encuentra valorado y reconocido, por tanto regulado política y económicamente, y por consiguiente asalariado.

No obstante, con la entrada masiva de las mujeres al mercado laboral y la producción de nuevas formas de desigualdad, se ha puesto en evidencia que la "estrategia de emancipación de las mujeres a través del empleo" no era ninguna panacea¹². Entonces, la distinción entre trabajo y empleo es problemática, pues incluso asumiendo el supuesto de tal distinción, la perspectiva actual nos muestra que tampoco sería deseable que todo trabajo se convierta en un empleo. Himmelweit ha señalado todo esto de manera clara: "[...] al insistir en que las actividades domésticas obtengan reconocimiento mediante su adecuación a una categoría indiscutida de trabajo, se sigue sin reconocer la importancia de las actividades de cuidado y autocuidado, y tampoco se reconoce la contribución de las mujeres que realizan la mayor parte de ese "no-trabajo" (Himmelweit, 1995: 218). Vemos así que cualquier definición de trabajo como actividad es inespecífica y problemática, ya que no es comprensible si no es en términos de sus relaciones sociales: "En cualquier actividad que se defina como trabajo no serán las características de la tarea concreta las que determinen de qué tipo de trabajo se trata, sino las relaciones bajo las cuales tiene lugar dicha actividad." (Carrasco *et al.*, 2011: 73). O en otras palabras: "el trabajo considerado como actividad no nos lleva muy lejos, porque el trabajo que nos subyuga no se contiene en la praxis humana" (García *et al.*, 2005: 34-35).

De este modo, aquí defenderemos que el uso del término trabajo en su sentido moderno debe diferenciarse de su segundo sentido, y es la confusión entre esos dos sentidos la que se encuentra en la mayoría de discusiones en torno a las distinciones entre trabajo/no-trabajo, producción/reproducción, etc. Por tanto, las actividades insertas en la relación salarial se diferencian, en términos de relaciones sociales, de las actividades no mercantilizadas¹³. Esto último no debe confundirse con un juicio de valor positivo hacia el trabajo, ni tiene que ver con una asignación arbitraria de centralidad. Este malentendido ha sido motivado sin duda por las ambivalencias de Marx a lo largo de su obra y por la permanente identificación posterior entre Marx y marxismo. Pero sigue atravesando muchos de los feminismos críticos que dialogan concienzudamente con Marx y, paradójicamente situados en un paradigma ampliado de la lucha de clases, obvian la distinción crucial del trabajo como relación y como actividad, como en el caso de Federici: "Marx erró en no reconocer la importancia del trabajo reproductivo porque compartía el mismo criterio que el capitalismo sobre qué constituye trabajo y qué no"

12 Las dos caras de la moneda han sido, como es sabido, que la ganancia de cierta independencia económica para las mujeres ha significado ampliar la lógica del trabajo asalariado a más población; y todo ello sumado a la pérdida de tiempo disponible para la vida y a las crecientes constricciones horarias mostradas en tantos estudios (Prieto, Ramos y Callejo, 2009). Como señalamos más adelante, este dilema se explica por la necesidad de reconocimiento y salario en el corto plazo, que en el largo plazo termina reforzando la lógica del salario y de nuevas formas de exclusión.

13 Esta perspectiva no niega el interés de un enfoque descriptivo de las actividades como tales. Así, sería perfectamente válido afirmar que, según la definición hegemónica del trabajo que asumía el feminismo en la crítica de Himmelweit, un trabajo asalariado no es necesariamente diferente de los cuidados. También podría ser válida la inclusión de los cuidados en un sentido de trabajo previo al sentido moderno.

(Fererici, 2008: 153-154).

En nuestra opinión, este tipo de afirmaciones confunden constantemente el plano analítico con el normativo. Como es sabido, Marx no analizó las características de las relaciones no asalariadas ni la *reproducción* de una manera profunda (Bihr, 2010; Endnotes, 2013), y de hecho se pueden constatar numerosas expresiones erradas en temas de género y familia (Haraway, 1991: 222-223), lo cual no debiera sorprender tanto para un autor del siglo XIX. Más que críticas solventes, a menudo se apunta que en *El Capital* no todo es perfecto o que no todos los problemas del mundo son allí resueltos, lo cual resulta evidente para cualquiera que no practique la religión marxista. Sin embargo, las limitaciones o ausencias en *El Capital* no implican necesariamente una contradicción de base con los argumentos feministas fundamentales. Se constata una y otra vez que las feministas siguen utilizando los conceptos de la crítica marxiana, como parece lógico al comprobar permanentemente que la "lógica del beneficio" sigue imperando sobre la "lógica de los cuidados" (Carrasco, 2001: 23). Diferenciar los planos analítico y normativo nos permite afirmar, también desde una mirada feminista, que la centralidad del trabajo capitalista es socialmente real. Desde esta perspectiva, por más que queramos descentrar la economía, no podemos obviar la subordinación de los cuidados realmente existente: "observar desde fuera de los mercados capitalistas a una sociedad en la que los mercados, como diremos, son el centro" (Pérez Orozco, 2013b:4).

Siguiendo con nuestra argumentación y después de haber problematizado el trabajo como *actividad*, hemos intentado clarificar que la noción de trabajo como relación salarial es la clave teórica para comprender su especificidad. ¿Cómo desarrollar teóricamente esa idea del trabajo como relación para no repetir los errores de su equiparación a mera actividad o a los callejones sin salida de la reivindicación del empleo? Tras este recorrido, podemos ahora introducir los planteamientos de aquellos autores que han tratado de analizar la sociedad capitalista como *sociedad del trabajo*, para más adelante presentar la crítica de Roswitha Scholz a una teoría asexuada del capitalismo.

2.3 El Trabajo como relación social, la crítica del Trabajo y el Marx desconocido del feminismo

"La centralidad del trabajo proletario para el análisis de Marx del capitalismo no debería ser tomada como una evaluación, afirmativa por su parte, de su primacía ontológica sobre la vida social, o como parte del argumento de que los trabajadores son el grupo más oprimido en la sociedad. [...] El análisis de Marx del trabajo determinado por la mercancía y su relación con la noción de sujeto también sugiere una aproximación histórico-estructural a cuestiones como qué actividades fueron reconocidas socialmente como trabajo, y qué personas de la sociedad fueron consideradas sujetos. Esta interpretación podría contribuir al debate sobre la constitución socio-histórica del género, y cambiaría los términos de debates muy recientes en cuanto a la relación de la crítica marxiana con cuestiones de la posición social e histórica de las mujeres, minorías raciales y étnicas, y otros tipos de grupos" (Postone, [1993] 2006: 399).

En los términos de la crítica del trabajo, la explicación del concepto de trabajo sería la siguiente. En la sociedad capitalista y sólo en esa sociedad, los sujetos son sujetos en tanto *poseedores de mercancías*, y ser trabajador es haber sido constituido como portador de una *capacidad de trabajo*. En esa sociedad, todas aquellas actividades que lleguen a ser intercambiables por dinero, independientemente de su contenido, estarán estructuralmente delimitadas como *económicas* y socialmente reconocidas como *tra-*

bajo, mientras que aquellas que no entren en tal relación, no se las considerará como poseedoras de valor económico. En la sociedad capitalista, los *trabajadores* son reconocidos como tales en tanto tienen una mercancía que pueden vender de forma efectiva, su *fuerza de trabajo*: esto es, a quien le compren su capacidad de trabajo, será susceptible de ser categorizado como trabajador. Así, podemos señalar ahora la clave fundamental de la definición marxiana de trabajo que ha sido omitida o incomprendida en casi todo el marxismo¹⁴. A tal punto llega esta omisión también en el feminismo que no se encuentran prácticamente discusiones con este concepto marxiano, sino generalmente con la definición ontológica de trabajo como "metabolismo entre hombre y naturaleza" o con la definición de *trabajo abstracto* en un sentido muy restringido. La especificidad del trabajo en el capitalismo, no es su carácter de actividad productora de riqueza en general, sino su carácter *dual* (Marx, [1872] 2009: 51-57). Es la unión indisoluble de trabajo *concreto* -actividad que podemos verificar empíricamente- y trabajo *abstracto* -"gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma"- . Es su cara abstracta la que hace al trabajo específicamente capitalista y la que está en la base de la constitución del trabajo como relación social. La cara concreta del trabajo, que aparece como la creadora de riqueza material, está de hecho moldeada y supeditada a la cara abstracta, y así la actividad concreta no es socialmente significativa si no está inserta en esa relación social abstracta donde sólo importa la cantidad¹⁵. La indiferencia del capital respecto a la cualidad de la actividad es lo que permite entender por qué sólo cuentan en esta sociedad aquellas actividades económicas que son asalariadas, y sólo son reconocidos como sujetos quienes son trabajadores.

Dicho lo anterior, podemos ahora decir que la utilización de la categoría trabajo no es un mero significante que se performa con la pura *iterabilidad* ni una categoría clasificatoria cualquiera. En la *interpretación categorial* que realiza la crítica del valor, "el 'trabajo' como categoría abstracta-general de la socialización surge con el nacimiento del capitalismo" (Scholz, 1999). El sentido básico de la categoría trabajo aparece como transhistórico, y la relación-trabajo como necesidad social incuestionable. En la sociedad capitalista, ser trabajador no es simplemente la clave de la obtención del salario, sino también la norma social básica para *ser* alguien considerado de utilidad -trabajo en sentido de *empleo*-: el trabajo y el empleo no son formas contradictorias sino que están articuladas (Castillo y García, 2001; Castillo, 2003).

Desde este marco, es posible interpretar los intentos de expandir la categoría de trabajo a toda actividad que quiera ser reconocida y a sus respectivos sujetos, así como la precaución llevada a cabo por quienes han visto problemática la expansión de una idea indiscutida del trabajo. Por todo lo anterior, desde el punto de vista de la crítica del trabajo, con la expansión del trabajo ha operado una indiferenciación tan generalizada que impide el análisis de aquello que es específicamente capitalista. Si bien se puede estar de acuerdo con quienes afirman que la lógica capitalista ya domina la vida en su conjunto, es fundamental distinguir qué relaciones son nucleares para la sociedad del capital y cuáles son sus condiciones de posibilidad y sus dinámicas, en vez de asimilarlo todo a trabajo. Por eso, hemos titulado este artículo refiriéndonos a Trabajo, con mayúscula (García Calvo, 1993: 246-251), ya que todo lo que solemos llamar trabajo suele asemejarse mucho al Trabajo: es potencialmente medible en tiempo y dinero. Toda la explica-

14 Este desconocimiento u omisión no puede ser explicado por tratarse de una definición de trabajo que se encontró tardíamente en algún momento iluminado de Marx en un borrador perdido, en algún capítulo poco leído o en unos escritos de juventud. Es la definición del primer capítulo de *El Capital*.

15 "Por ello, si en lo que se refiere al *valor de uso* el trabajo contenido en la mercancía sólo cuenta *cualitativamente*, en lo que tiene que ver con la *magnitud de valor*, cuenta sólo *cuantitativamente*, una vez que ese trabajo se halla reducido a la condición de trabajo humano sin más cualidad que ésa. Allí, se trataba del *cómo* y del *qué* del trabajo, aquí del *cuánto*, de su duración." (Marx, [1872] 2009: 56).

ción anterior, permite entender la enorme hegemonía del sentido moderno de Trabajo como “toda actividad por la cual se recibe dinero”, que resiste fuertemente en su sentido principal a pesar de todos los intentos por ampliar su definición desde tantos frentes. Aun cuando se utiliza “trabajo” para denominar actividades no asalariadas, el sentido fundamental se sigue refiriendo a actividades susceptibles de asalarización, es decir, actividades por las que alguien *podría* pagar y, por tanto, actividades que han llegado a *desincrustarse* de la vida –diría Polanyi¹⁶– para convertirse en Trabajo diferenciado. Por tanto, actividades relativamente autonomizadas que cumplen las condiciones clave para insertarse en la relación salarial, que es posible representar, evaluar sus efectos, medir en dinero y objetivar las competencias requeridas a quien ha de realizarlas.

Aunque todo esto es de una complejidad teórica que en este artículo no podemos especificar más, sirvan algunos ejemplos para ilustrar esta concepción del Trabajo que será la base de la crítica de Scholz. Como decíamos, exactamente una misma actividad concreta de cuidados puede ser clasificada de varias formas: como Trabajo o no, productivo o improductivo, según la relación en que se encuentre, sin tener esto nada que ver con que el contenido de la actividad sea uno u otro, moral o inmoral o más necesario para la vida o menos. Si una cuidadora es pagada por ello, entonces será Trabajo. Si no, no. Si la actividad que ella vende –cuidados del tipo que sean– es consumida en una casa por una familia que la contrata para ahorrarse los cuidados, entonces podemos decir que se trata de una trabajadora que no valoriza *directamente*¹⁷ capital. Si la empleada de hogar hace el mismo Trabajo en la misma casa, pero es subcontratada por una empresa cuyo propietario obtiene ganancias que reinvierte, entonces el Trabajo valoriza capital porque en la mediación del capitalista entre la familia y la empleada, se destina parte de la ganancia a la reinversión, a obtener más dinero del dinero inicial, y por tanto esa parte del dinero reinvertida proviene de Trabajo no pagado a la empleada. En ese caso, el Trabajo de la empleada sería *consumido productivamente* por el capitalista, valoriza *directamente* capital, y por tanto es Trabajo *productivo*¹⁸. Repitamos lo mismo, pero en palabras de Marx:

16 Esta idea de esfera *autonomizada* es la misma idea popularizada por Polanyi de aquello que ya no está incrustado (*embedded*) en la vida. Algunas lecturas feministas de Polanyi (Waller y Jennings, 1991; Fraser, 2012) se han inspirado en este tipo de crítica. Desde la perspectiva de la crítica del valor, una amplísima crítica de Polanyi se encuentra en un texto del decrecentista francés Clement Homs (2012). Otros comentarios pueden encontrarse en Postone ([1993] 2006: 166). Aunque sea perfectamente posible hacer una lectura del “mercado autorregulado” como el “sujeto automático” del capital, y sin negar las virtudes del análisis de Polanyi, desde la crítica del trabajo las principales objeciones podrían resumirse así: 1) toda crítica basada en el mercado –como en la clase social– es una crítica del *modo de distribución*, y no del modo de producción (Postone, [1993] 2006: 15-16); 2) el recurrente argumento a la “sustancia natural y humana” (Polanyi, [1944] 1989: 26, 72, 82, 126, 129, 219, 397) es un argumento humanista y ontológico; 3) la categoría de mercancía es una categoría de la totalidad social, y no se puede restringir a una categoría del mercado (*Op. Cit.*: 127); 4) el trabajo, el dinero y la tierra -o, si se quiere, el espacio- son “abstracciones reales” constituidas de un modo radicalmente diferente en el capitalismo y, por tanto, no hay sustancia previa alguna que permita distinguir entre mercancías “auténticas” y “ficticias” (*Op. Cit.* 121-134); 5) la trayectoria del capitalismo está determinada por la acumulación de capital y no por un “doble movimiento” (*Op. Cit.* 214-245); 6) el mercado no es una esfera que se oponga al Estado o a “la sociedad” sino que todos son parte de las formas históricas del capital.

17 Esta distinción entre mediación *directa* e *indirecta* para el caso de los cuidados, aparece también en un reciente artículo sobre género muy cercano a la perspectiva de Scholz (Endnotes, 2013).

18 “La diferencia entre el trabajo productivo y el improductivo consiste tan sólo en si el trabajo se intercambia por dinero como dinero o por dinero como capital.” (Marx, [1866] 1997: 88). Otra de las pruebas de que “lo productivo” no tiene ningún carácter positivo es: “la clase capitalista es la clase productiva por excelencia.” (*Op. Cit.*: 89), en el sentido de la función directiva. Con ello quedará claro que ser trabajador o no, así como ser productivo o no, no ha de verse en sentido alguno como algo que predetermina la constitución del sujeto político. Para Postone ([1993] 2006: 76), el sentido de la discusión política sobre quién es o no productivo es una “crítica normativa de los grupos sociales no productivos desde el punto de vista de los sectores que son “verdaderamente” productivos, convirtiendo a la “productividad” en el criterio de la valía social.” Por último, ni siquiera importa tanto delimitar todas las posibles actividades sino comprender que las formas de clasificación social han de tener un carácter analítico más que descriptivo, y por ello han de

“Digamos que un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que este último haya invertido su capital en una fábrica de enseñanza en vez de hacerlo en una fábrica de embutidos, no altera en nada la relación. El concepto de trabajador productivo, por ende, en modo alguno implica meramente una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino además una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo de valorización del capital. De ahí que ser trabajador productivo no constituya ninguna dicha, sino una maldición” (Marx, [1872] 2009: 616).

Por tanto, en términos teóricos no se puede afirmar sin más que toda actividad útil es Trabajo, pues la relación de Trabajo no posee nada positivo en sí mismo que haya de ser estimulado desde la crítica, sino que es precisamente la clave que permite apuntar a la negación de las relaciones capitalistas en su conjunto. En este sentido, la crítica del trabajo ha confrontado con el marxismo del movimiento obrero que, en tanto glorificador del Trabajo y del trabajador, es uno de los responsables fundamentales de la expansión de la relación de Trabajo durante los últimos dos siglos. Además, dicha crítica considera que otros movimientos teóricos y políticos no han podido superar la capacidad totalizadora de esa idea de Trabajo (Krisis, 1999). Así, la crítica del valor coincidiría con el feminismo en su crítica del sujeto obrero como portador predeterminado del cambio social, al mismo tiempo que rechazaría la participación de algunos feminismos en la expansión del Trabajo. Es exactamente en ese punto donde confluyen feminismo y marxismo, en los cuales su carácter simultáneo de movimiento político y de corriente de pensamiento habría sido un obstáculo para comprender de un modo preciso el funcionamiento del capital.

Desde el punto de vista de la crítica del trabajo, uno de los problemas del marxismo y del feminismo sigue siendo el de confundir directamente una teoría del capitalismo o del patriarcado con una teoría de los modos más adecuados de acción colectiva y de los sujetos portadores del cambio social. Por ejemplo, de la teoría de la sociedad capitalista de Marx se habían derivado formas organizativas y sujetos políticos concretos, de forma que la crítica social parecía inseparable de unos determinados modos de acción colectiva, por lo que no se daba una relativa autonomía de la teoría. En esa concepción, la teoría crítica del capitalismo producía mecánicamente a la clase obrera y a su organización, por lo que quienes no estaban ahí representados han tendido a rechazar toda la teoría del capitalismo o a utilizarla nada más que para usar la *clase* como un eje más dentro de una multidimensionalidad de variables de dominación social. La triada patriarcado-capitalismo-racismo como una cuestión de género-clase-raza pone así al capitalismo como una mera *intersección* (Crenshaw, 1991) relacionada con la desigualdad en el acceso al dinero¹⁹. No hay, en estas visiones, ningún cuestionamiento de la heredada definición marxista tradicional del capitalismo, y así tal definición no sería errada sino simplemente incompleta. Por el contrario, la crítica del trabajo propone que el diagnóstico en sí puede tener capacidad crítica y explicativa sin que de él tenga que desprenderse cómo y quién ha de producir el cambio social. El cómo y el quién probablemente no sean cuestiones sobre las que se puedan tener respuestas verdaderas u homogéneas. Sin embargo, una teoría de la dinámica capitalista sí puede estar coherentemente formulada, con un carácter relativamente autónomo de las necesidades a corto plazo de los movimientos sociales.

remitir siempre a una relación social. Todos estos ejemplos sirven para ilustrar la idea de la relación, si bien el problema de lo productivo/improductivo es aún más complejo, y en último término habría que dirimirlo en términos de la relación de los capitales con respecto a la totalidad, y no tanto a partir de casos aislados. 19 Aunque en este artículo no lo tratamos, el problema del racismo ha sido abordado en la crítica del valor por Scholz (2004 y 2007) y Postone, entre otros. La idea fundamental es que las formas racistas y populistas modernas funcionan como marcos de sentido que achacan a grupos concretos las dimensiones abstractas del capitalismo.

Y entonces, ¿qué es el capitalismo para esta crítica si no es simplemente un sistema económico que distribuye injustamente la riqueza? En esta interpretación, no es un sistema cuyo núcleo sean las contradicciones de clase, lo cual no quita para que las relaciones de clases sean completamente imprescindibles para la comprensión de las realidades sociales. En un sentido previo y más profundo, el capitalismo es un sistema de estructuración temporal de la vida social, determinado en su nivel más abstracto por las formas sociales del valor, el trabajo, la mercancía, el dinero y el capital. Esas relaciones de tiempo tienen que ver básicamente con la idea de "el tiempo es dinero" (Adam, 1999), que únicamente se cumple para las actividades que fueron, son o serán traducibles a dinero. El valor, como la forma específica de la riqueza en el capitalismo, es básicamente un tipo de tiempo regulado socialmente que traduce trabajo vivo a trabajo muerto objetivado en mercancías. La mercantilización del tiempo moderno que, dicho de forma muy simple, el mecanismo de la competencia impone, ha producido históricamente una dinámica autonomizada que nadie controla directamente. El capital es, en su definición más básica, la relación social por la cual "el valor se autovaloriza", es decir, una dinámica que aun siendo socialmente constituida, produce a lo social. Se mueve por sí mismo, está descontrolado históricamente. De esta manera, no se trata sencillamente de un problema de la *acumulación* de dinero y poder en unos pocos –que también- ni tampoco de la centralidad del mercado. No se trata aquí simplemente de una crítica del *modo de distribución* de la riqueza (Postone, [1993] 2006: 15-16), sino de la forma misma de la riqueza y de su *modo de producción*, cuya lógica –"imparable", "intrínseca", etc. – sólo responde a un fin tautológico que es hacer más dinero del dinero. En resumen, todo el razonamiento anterior sintetiza los puntos de partida de Scholz, que pueden profundizarse en otros textos²⁰.

Las similitudes entre toda esta concepción y el feminismo crítico son notables. La centralidad del problema del tiempo concuerda perfectamente con su crítica del economicismo. Los tiempos sociales dedicados a las diferentes actividades y su articulación, la velocidad propia de esta sociedad, las constricciones horarias o la experiencia del tiempo según género, serían algunos de los temas que se podrían reinterpretar a partir de la crítica del trabajo. Tal crítica del capitalismo no implica de ningún modo la centralidad de ningún sujeto político predeterminado, sino la caracterización de las formas básicas que estructuran la sociedad capitalista como una teoría de la constitución social y sus modos específicos de dominación abstracta por relaciones temporales –que son, además, relaciones de clase y de género. En este sentido, aquí no hay una teoría de cuáles deben ser las maneras concretas de movilización colectiva ni de su organización, sino el señalamiento de qué es, en último término, lo que ha de ser desestructurado para una sociedad post-capitalista.

No obstante, a pesar de la compatibilidad de estas posiciones con muchos argumentos feministas, el problema del patriarcado ha sido comúnmente omitido. En parte, porque parecería que el patriarcado no era el objeto de investigación directamente abordado en la conceptualización del capitalismo, pero en buena parte por tratarse de un tipo de teoría predominantemente realizada por autores formados en contextos androcéntricos. La figura de Scholz irrumpe así no para intentar "complementar" o "añadir" la cuestión del género a estas teorías, sino para realizar una crítica a los marxistas tradicionales y a

20 Si no fuera posible dedicar el tiempo necesario a El Capital, para introducciones a estos conceptos remitimos a los textos de Krisis con una mirada más politizada (Krisis, 1999; Jappe et al., 2009; Jappe, 2011) o a los de Postone ([1993] 2006 y [2000] 2007) con una mirada más académica.

sus propios compañeros de la crítica del valor, cuyas omisiones se hacían sospechosas de relegar una vez más el patriarcado a una cuestión secundaria. Scholz va a intentar argumentar justamente lo contrario de lo que pensaban muchos marxistas y muchas feministas, como por ejemplo, Marcuse: “no hay ninguna razón económica sólida de la que se siguiese la imposibilidad de lograr esta igualdad [de género] en el marco del capitalismo.” (Marcuse, 1976: 10-11). Para Scholz, en condiciones capitalistas no pueden existir condiciones de igualdad en la valoración de los géneros.

3. El valor en el origen de la desvalorización de lo femenino: la teoría de la escisión del valor de Roswitha Scholz

“El hombre siempre tiene «otra cosa que hacer» con su tiempo, en tanto ella busca desembarazarse del suyo. Y él no considera las horas que le dedican como un regalo, sino como una carga”
(Simone de Beauvoir, [1949] 1973: 509).

La teoría del valor de Marx ha sido discutida en el contexto del feminismo (Himmelweit y Mohun, 1977; Smith, 1978) en un debate marcado por el paradigma marxista, donde el valor era básicamente entendido como la *sustancia* creada por un Trabajo transhistórico. Superado ese debate, ¿por qué propone Scholz un nuevo diálogo del feminismo con la teoría de Marx? ¿Otra vez la vuelta a los interminables y ya superados debates de los años setenta y ochenta? ¿Es que no se puede hacer nada sin pasar por Marx, sin referencia a Marx? ¿No es esa obsesión con el mito de Marx otro intento de obligarnos a hablar del salario, el Trabajo masculino y la centralidad obrera?

Efectivamente, la dinámica capitalista tal como fue teorizada por Marx aparecía a priori como sexualmente neutral. Como lógica abstracta vinculada al dinero, el capital no tenía por qué enraizarse en la relación de género. De este modo, originalmente muchos pronosticaban que la potencia del sistema capitalista como homogeneizador de lo social iba a llevar a una superación de las relaciones patriarcales bajo la igualdad formal burguesa. Si la forma capitalista de organización social ha sido la más potente destructora de toda forma tradicional, se ha pensado a menudo que el patriarcado como algo precapitalista podría verse destinado a desaparecer. No obstante, con el actual capitalismo plenamente desarrollado es totalmente plausible teorizar que ha de haber algo en el propio núcleo del capital por lo cual las divisiones sociales en razón de género sean no sólo reproducidas, sino activamente producidas por el capital como parte de sus específicas formas históricas.

Pero como el núcleo del capital aquí ya no es teorizado a partir de la *clase*, seguramente Scholz es la primera autora que se ha tomado en serio el diálogo entre el feminismo y la teoría del valor entendida del modo relacional y desontologizador del Trabajo del que hablábamos. Para que la crítica del valor mantuviera su potencia y no repitiese los errores de las jerarquías conceptuales clásicas entre lo primario y lo secundario, era necesario mostrar la pertinencia del marco de comprensión de la *teoría de la escisión del valor -Wertabspaltung*²¹, para evidenciar cómo las relaciones entre sexos/géneros se desplegaban históricamente de manera articulada a la forma valor. Scholz reconcep-

21 En las traducciones al portugués que hemos leído se ha usado *dissociação-valor*. También es posible entender el sentido de la “escisión” como separación o desdoblamiento. Siguiendo la traducción de *El Capital* de Pedro Scaron, *Spaltung* y *sich spalten* son siempre traducidos por escisión y escindir (Marx, [1872] 2009: 89, 138, 692). Pero en otras páginas, escisión es la traducción de *Scheidung* (*Op. Cit.*: 108, 130, 893). El prefijo *ab* junto a *spaltung*, es un término que no se encuentra en *El Capital*.

tualiza así el capitalismo como el *patriarcado productor de mercancías*, siendo esta crítica asumida por los principales miembros del grupo *Krisis* y provocando la ruptura con otros²². Al igual que para algunos marxistas la ley del valor era meramente una teoría del equilibrio de los precios, los críticos del valor podían haber llevado todo el nuevo potencial crítico a un terreno neutro sexualmente (Scholz, 1992). Así, la intervención de Scholz es crucial para que la crítica del trabajo no quede asexualada: "la constitución patriarcal de la relación de valor, o sea, el presupuesto sexualmente patriarcal de la producción e intercambio de mercancías, ya se encuentra en la raíz de la socialización por el valor" (Scholz, 1992: 11).

Scholz comienza su andadura en 1992 con el primer texto de su teoría "El valor es el hombre". Si tuviéramos que seleccionar su tesis fundamental, podríamos señalar la siguiente: "todo contenido sensible que no es absorbido en la forma abstracta del valor, a pesar de permanecer como presupuesto de la reproducción social, se delega en la mujer." (Scholz, 1992: 2). Si el valor es la forma de la riqueza en el capitalismo, para Scholz esa misma forma tiene una dimensión invisibilizada que funciona como su condición de posibilidad, y que se relaciona con todo aquello que no es idéntico a la lógica del valor. La dialéctica entre esas dos dimensiones del valor está, según Scholz, histórico-estructuralmente asociada a la dialéctica entre lo masculino y lo femenino. Dicho de manera más concreta: "la relación jerárquica de los géneros en el patriarcado capitalista está determinada fundamentalmente por la separación de cualidades, adjudicaciones y actividades específicas y típicamente 'femeninas' que no pueden ser subsumidas a la forma valor ni a la abstracción 'trabajo'" (Scholz, 1999).

Avanzando en lo que argumentábamos anteriormente, la clave de Scholz es señalar que la constitución de quien es reconocido como sujeto no tiene que ver con una mera cuestión de la valoración ideológica del hombre. De un modo más preciso, en tanto que el valor se constituye en *principio masculino*, todo lo inexistente, poco valorado, omitido, invisibilizado, etc. es aquello que no se adapta a una traducción dineraria. Lo que no ha sido traducido a la forma valor se relaciona particularmente con todo aquello que no disponga de dispositivos de representación ni posea un estatus de realidad, siendo así asignado y proyectado hacia la femineidad. El reconocimiento de cualquier individuo se puede explicar así a partir de su participación en la esfera significada como masculina –lo público, el Trabajo, etc. Entonces, el principio de la escisión del valor plantea que el valor no es una mera cuestión del mercado, sino que, como núcleo de la lógica social, está sexuado. Y lo que no se deja asimilar a su abstracción, queda en su otra cara, sin dejar no obstante de ser fundamental para su propia existencia. Es decir, todo lo que el feminismo ha visibilizado como presupuesto de la reproducción de la vida –lo escindido como privado, no-trabajo, etc.– es lo que, en estos términos, significa aquello desdoblado de la forma valor.

La argumentación teórica de Scholz intenta resolver el problema de la dicotomía entre capitalismo y patriarcado. Al situar las relaciones patriarcales en su articulación con el valor, éstas se vinculan definitivamente en el marco de una teoría de la constitución de la sociedad patriarcal-capitalista²³, en la cual, la *desincrustación* de la *producción im-*

²² Aparte de cuestiones personales, esta ruptura del grupo *Krisis* en 2004, también tendrá que ver con que Scholz, Jappe y Kurz defiendan una crítica radical del sujeto moderno e ilustrado, no así como otros críticos del valor (Kurz, 2004).

²³ Este sentido del patriarcado como específicamente capitalista quiere decir que sólo en "el" capitalismo

plica necesariamente a lo que se convierte en *reproducción*, pero no se supedita teóricamente a ella. Esto quiere decir que aunque constatemos empíricamente que la lógica del capital supedita a la del cuidado, "la escisión es el valor y el valor es la escisión. Cada uno está contenido en el otro, sin ser idéntico a él. Ambos son dos momentos centrales y esenciales de la misma relación social en sí contradictoria y fragmentaria, que deben ser comprendidos al mismo alto nivel de abstracción" (Scholz, 2000). Aunque en el espacio del Trabajo, como espacio privilegiado de las relaciones capitalistas, la forma de comportarse es básicamente masculina en tanto marcada por la competitividad, esta esfera está también atravesada por cuidados o por afectos, que aunque intangibles para la lógica capitalista, no están en un afuera. Si bien en términos analíticos, podríamos distinguir entre lógicas capitalistas y lógicas no-capitalistas, en términos reales el conjunto de lo social está atravesado por el valor y su escisión. Ambas caras no son por tanto opuestas ni contrarias sino que, en su realidad, existen en toda relación social con diferentes grados de intensidad. En otras palabras, hay dos lógicas temporales diferenciadas pero articuladas que conviven en sujetos y actividades. La escisión del valor, en los términos anteriores, no se deriva del valor, sino que es el valor mismo. La mujer como *la otra*, no deriva del hombre, sino que es la otra cara del valor.

Como se puede apreciar, la potencialidad de Scholz no es descubrir nuevos procesos, sino reinterpretarlos a partir de un marco de alcance amplio. Como epistemología histórica de la jerarquía capitalista entre géneros, la propuesta intenta captar el movimiento general de la sociedad capitalista al mismo tiempo que las condiciones que pueden posibilitar la superación de la dicotomía entre el valor y su escisión. Ello no implica la inevitabilidad, linealidad, el evolucionismo o el funcionalismo burdo en la interpretación de las formas concretas de las relaciones patriarcales, sino que intenta dar sentido a procesos histórico-estructurales generales que no son comprensibles ni como puras contingencias ni como relaciones eternas²⁴. La estrategia de reinterpretación consiste en situar los hechos históricos donde el género es significativo con el contexto específico y su relación con el momento de la trayectoria del capitalismo. Así, se discute el sentido de la *vocación* materna, la pérdida de la individualidad asociada al encierro doméstico, el significado de los oficios artesanos que estaban asociados a la industria domiciliaria, la emocionalidad burguesa, los debates científicos acerca de la sexualidad femenina o la reproducción de la jerarquía sexual burguesa en las clases trabajadoras al socializarse en la sociedad del valor.

Su teoría ofrece la posibilidad de interpretar históricamente los Estados de Bienestar patriarcales, las formas de individualización también atravesadas por el género, la entrada por la puerta de atrás en los mercados laborales o la actual tecnologización y mercantilización creciente del hogar y su nueva producción de géneros. Por ejemplo, por qué los empresarios de servicios domésticos están tan interesados en la "profesionalización de los cuidados"²⁵ o en el telecuidado y su creciente nicho de mercado (Sánchez

es posible hablar de "el" patriarcado. Del mismo que no se podía hablar de "la" sociedad como totalidad antes del sistema-mundo capitalista, ya no existen "los patriarcados" sino variantes concretas de "el" patriarcado capitalista.

24 En términos de la historia de las relaciones de género, es el complemento de lo que Moishe Postone ha intentado explicar cómo una direccionalidad histórica no teleológica. El "despliegue" de las formas sociales capitalistas carece aquí de un carácter transhistórico de tipo hegeliano. En este sentido, es la historia capitalista la que tiene lógicas específicas, y no La Historia en general. Por tanto, esta concepción polemiza contra cualquier marco transhistórico, pero también con aquellas historias del género meramente genealógicas (Prieto, 2007; Scott, 1996).

25 Esta constatación proviene del diálogo con el trabajo de investigación que actualmente realiza Paloma

Criado, 2012: 9-20). La promoción de las mujeres en lo laboral para transformar un espacio de reproducción no asalariado en un nuevo espacio de valorización para el capital, aprovecha así argumentos feministas descontextualizados en favor de la creciente mercantilización de actividades de cuidado, y lo que es más inquietante, pone sobre la mesa la proactividad del propio capital para aliarse con ciertas formas de igualdad de género. La teoría de la escisión del valor también propone una base para interpretar los límites estructurales de la "estrategia de emancipación de las mujeres a través del empleo" o de la "conciliación de la vida laboral y familiar", así como los de todos los procesos que, paralelamente a todas las luchas feministas, han generado nuevas formas de diferenciación de los géneros que son traducidas a desigualdad.

Así, la teoría de Scholz permite pensar la persistencia de la desvalorización de lo femenino en el doble eje de lo estructural y lo contingente, y abordar el desarrollo histórico en su vínculo con el Trabajo como categoría de carácter masculino. Es importante señalar que esta teoría proporciona el marco para entender la necesaria relación de hechos sociales concretos con el nivel sistémico, sin determinar la forma específica de esa relación. Contextualizar los hechos no implica aspirar a explicarlos en su especificidad, sino que únicamente implica situarlos. El problema no estaría, por tanto, en la investigación de problemas específicos del tipo que fueran, sino la incompreensión que supone su descontextualización o fragmentación respecto a su historicidad en el largo plazo.

En esta línea, la lógica conceptual de Scholz contrasta con diversas corrientes que rechazan abarcar un nivel amplio de la totalidad social: "...precisamente en esta época, caerían en descrédito las grandes teorías que podrían aclarar conceptualmente la situación de crisis global" (Scholz, 2000). En una expresión de Eagleton, tales corrientes confunden *totalidad* con *totalitarismo*, como si pensar la sociedad capitalista en su conjunto fuera visto como una nueva forma de imposición de las grandes teorías sobre la particularidad, la excepción o la diferencia²⁶. Cuando Scholz se refiere al "alto nivel de abstracción" en el que hay que comprender su teoría, quiere decir que ésta no se puede refutar sin más a partir las excepciones o márgenes que pueda haber en un contexto determinado a la lógica general. En este marco, las diferencias que surgen socialmente no son negadas sino contextualizadas, por más mutaciones que sufran. Del mismo modo que los Trabajos pueden tener contenidos cada vez más inverosímiles sin dejar de ser *Trabajo*, las relaciones entre géneros podrán tomar multitud de nuevas formas. Dicho de otra manera, si en la relación salarial siempre habrá trabajadores sin medios de producción, para Scholz, bajo el capital, lo femenino estará estructuralmente ligado a lo irracional, lo sensible, lo afectivo, lo intangible, etc., mientras que lo masculino estará conectado con el Trabajo, lo racional, lo mensurable, lo abstracto, etc. Y ello, como principio general, no se invalida porque empíricamente asistamos a la proliferación de

Moré sobre las empresas de residencias de ancianos o de ayuda a domicilio, y Alba Artiaga (2013) sobre los cambios que se están produciendo con la implementación de la Ley de Dependencia. Ambas coinciden en que el fomento de un discurso de la profesionalización, con efectos desfamiliarizadores, también está cargado de ambivalencias asociadas a los intereses empresariales.

26 Para Scholz (2011), el problema ha de ser aprehendido por "grandes categorías", por lo que la "renuncia a aprehender el concepto fundamental de la relación asimétrica de género" es un síntoma de la relegación de lo femenino a la particularidad, como si pensar la generalidad cayera necesariamente en un universalismo esencialista asociado al sujeto masculino. Para Scholz, la escasa presencia de la teoría feminista en el campo académico no sería simplemente el resultado de una hegemonía del conocimiento patriarcal, sino que también respondería a que algunas corrientes seguirían insistiendo en miradas centradas en lo que algunas han llamado "las mujeres y sus cositas", lo pequeño, el detalle. Lo que se presenta como actos de humildad teórica o de no imponerse de manera masculina en el campo académico, mantendría el *tabú* de las mujeres por un pensamiento abstracto y *fuerte* para problemas abstractos y *fuertes*.

diferencias de todo tipo que, a menudo de forma apresurada, se toman como demostración de la invalidez de una dicotomía hombre-mujer o masculino-femenino:

“Se ha de verificar la codificación fundamental, en el sentido de la escisión del valor, y la correspondiente jerarquización sexual, tanto antes como después, en todas sus fragmentaciones, diversificaciones, inversiones de polos, transformaciones y supra-formaciones, reajustes y diferenciaciones pos-modernas; en la existencia de la mujer profesional o del hombre doméstico, tanto en el fútbol femenino como en el striptease masculino, tanto en las bodas de gays y lesbianas como en los shows de transexuales” (Scholz, 2000).

La “metamorfosis postmoderna” (Scholz, 2000) en muchas de las formas concretas de relaciones de género, no niega el “asalvajamiento del patriarcado productor de mercancías” sino que, para Scholz, ha profundizado las divisiones patriarcales básicas. Aunque la asignación de género a los cuerpos no es en absoluto mecánica²⁷, para Scholz ello no impide una intensificación de la doble socialización en lógicas diferenciadas que han de convivir de formas cada vez más complejas en sujetos concretos. En este sentido, lo principal no sería si los hombres, las mujeres o los intersexuales son más o menos masculinos o femeninos, sino el desarrollo de la división patriarcal básica en todas sus dimensiones sociales, afectivas, económicas, etc²⁸. En esta línea podemos poner algún ejemplo en términos muy generales: si la expansión de la competitividad es una de las consecuencias centrales de la socialización capitalista, ella estará fundamentalmente asociada a lo masculino, lo cual no se contradice con que tantas mujeres como se quiera reproduzcan una lógica competitiva en diferentes espacios de su existencia. Pero en tanto el género femenino y el sexo de las mujeres se encuentren asociados, las mujeres estarán estructuralmente limitadas a ocupar de modo significativo los espacios regidos por una lógica competitiva. El límite estructural de la escisión del valor sería la causa fundamental por la que las empresas no se *feminizan* por el hecho de que las mujeres entren a trabajar a ellas. Por eso, como ha dicho Hochschild (2011: 48), “en lugar de humanizar a los hombres, capitalizamos a las mujeres”. Más bien, son las trabajadoras las que han de integrar las lógicas temporales masculinas a sus vidas. Es una cuestión, por tanto, de velocidades, ritmos y lógicas temporales que en tanto relacionadas con el imperativo capitalista de incremento incesante de la productividad, se han asociado a lo masculino –siendo lo masculino una dimensión no exclusiva de uno de los sexos– a partir del ejemplo del accidente de tren de Santiago en el año 2013. Pérez Orozco (2013a) lo explicaba así: “hablar de masculinidad no es decir que esos valores sean compartidos por todos los sujetos con cuerpos leídos como hombres y por ninguna de quienes somos leídas como mujeres. Decir que la velocidad se asocia a la construcción social de la masculinidad es decir que se asocia al poder y al prestigio”. Por tanto, si el *poder*²⁹ social es

27 Hay que señalar que la teoría de la escisión del valor no puede explicar la constitución psíquica del género ligado a un cuerpo sexuado como algo específicamente capitalista, sino solamente el nivel de la determinación social de lo psíquico, lo que probablemente no se puede reducir a la época capitalista. Scholz (2000) ha defendido que una perspectiva psicoanalítica y feminista –citando habitualmente a Nancy Chodorow– resulta la más adecuada para abordar el significado de la escisión del valor en el plano psíquico. Una posible vía de investigación tendría que relacionar más sistemáticamente la relación de la teoría de Scholz con la formación de la familia nuclear, como determinante de la forma generizada de los sujetos.

28 Por poner algún ejemplo más, en el mismo sentido que muchos criados domésticos varones en España fueron excluidos de la ordenación jurídica del trabajo a principios del siglo XX (Martínez, 1995: 23) por ocupar una determinada profesión, no se trataba ahí de una mera particularidad. El significado femenino del espacio doméstico en el que trabajaban les excluyó a pesar de ser asalariados.

29 Aquí sin embargo hay dos posibles sentidos de la idea de la masculinidad como poder: 1) en lenguaje foucaultiano, ese poder sería previo a la constitución de los sujetos, y se desarrolla genealógicamente. 2) A diferencia de una tesis ontológica sobre el poder, aquí se trata de una tesis sobre el poder constituyente del capital históricamente situado y su relación con la división de géneros, donde el capital no se desarrolla *genealógicamente* en sentido estricto, y de ahí su irreformabilidad.

la velocidad y lo veloz se ha hecho masculino, tal cosa es precisamente el *valor* como categoría temporal. En resumen, los valores del valor son los valores masculinos, y los valores de la *escisión* son los valores femeninos.

De este modo, simultáneamente, las mujeres y sus actividades no son valoradas porque son femeninas y son femeninas porque no son valoradas. Dicho de manera quizás excesivamente simple, podríamos decir que en las últimas décadas los hombres se han feminizado mucho menos, comparativamente con las dobles lógicas de masculinización y feminización de las mujeres. Ese carácter doblemente generizado, por así decir, sería el efecto en términos de la escisión del valor de todo lo que tantos análisis han señalado como la *doble jornada*, *doble carga*, *doble presencia* o *doble socialización*. Las personas más femeninas no podrán ser reconocidas sino a costa de su integración en lo masculino. Por más cuotas o sistemas paritarios que haya, Scholz teoriza el límite último por el que no se puede feminizar ni la economía capitalista ni sus instituciones principales ni el mundo del Trabajo y de la empresa. Como a menudo se ha relatado con las metáforas del *techo de cristal* o del *suelo pegajoso*, las mujeres han de hacer un esfuerzo doble para compatibilizar su feminidad, que supone un obstáculo social y psicológico³⁰ para estar en el espacio de lo productivo. Esta incompatibilidad de lo femenino con el Trabajo, ofrece así una interpretación general para entender por qué los sectores más feminizados son aquellos relacionados con los cuidados –salud, medicina, enfermería–, con la educación, con la limpieza, con la atención al público, y con el sector público en general. La reprivatización de la reproducción social o el recorte de los servicios públicos en cada época de crisis, pone de relieve también la relación intrínseca de espacios connotados como femeninos con todo aquello que no valoriza *directamente* capital, y que es así despreciado como un puro gasto, improductivo, deficitario o antieconómico.

Queda hacer una precisión importante. En sus últimos textos, Scholz ha reconocido que esta dialéctica de lo masculino y lo femenino “no puede ser elevado a ‘contradicción principal’” (Scholz, 2010: 10), lo cual matiza la idea de que el principio de la escisión del valor como principio de la lógica abstracta del capital, no es un principio en el mismo sentido que el valor. Si bien las formas históricas patriarcales han sido resignificadas por el capital, las categorías masculino-femenino se situarían más del polo de lo concreto-histórico que de lo lógico-abstracto. Esto viene a decir que las formas sociales capitalistas podrían –teóricamente– llegar a ser independientes del género si el capital se realizara al mayor grado de intensidad posible –lo cual, en todo caso, sería una pura *anomia* inimaginable, como ha dicho Jappe (2011: 154)–. Las transformaciones que puedan ocurrir no consistirían en eliminar los “residuos precapitalistas” de la distinción de géneros, sino que requeriría una enorme reestructuración de las relaciones capitalistas como tales. Si el capital nunca ha dejado de subsumir y resignificar esa diferencia de géneros, no se entiende por qué iba a dejar de hacerlo en el futuro. Desde esta perspectiva, por más igualdad abstracta que se produzca, no dejarán de proliferar nuevas diferencias y desigualdades.

Para ir finalizando, podemos señalar las posibilidades de la teoría de Scholz en términos de crítica política. Su consecuencia fundamental implica asumir la relación de Trabajo como principio central del patriarcado productor de mercancías. Por ejemplo, cuando Scholz se refiere al discurso feminista contra las “holgazanas” está criticando

30 Un campo interesante en este sentido y bastante desconocido en el mundo del feminismo es el de la sociología clínica (Dujarier, 2010), que ha investigado las consecuencias psicopatógenas de esos dobles juegos en el que los sujetos –y sobre todo las mujeres– son obligados a participar.

un argumento muy parecido al del marxismo: si aquellos decían, “la riqueza la crea el trabajador, no el empresario”, ellas dicen “la riqueza no existe sin el trabajo de la mujer”. Aunque ambas frases son evidentemente ciertas, se insiste en términos teóricos en la naturaleza de la actividad-trabajo, y no de la relación-Trabajo. Pero en términos políticos, el efecto de tales afirmaciones insiste en la esencialización del trabajo como cualquier actividad que *por su contenido* se reclame como Trabajo. Esto supone tomar la riqueza creada por el Trabajo en un sentido paralelo a la glorificación obrerista del Trabajo: “¡Qué holgazanes, aburridos y remolones son los hombres en comparación!” (Scholz, 1999: 8).

En la opinión de Scholz, la legitimación de las mujeres en la sociedad del Trabajo no debería darse por la vía de reivindicar su doble Trabajo, y por consiguiente, no habría de fundamentarse teóricamente por situarse desde el punto de vista de quienes más trabajan o de quienes ocupan un lugar central en la producción de riqueza: antes que nada, habría que criticar la relación en sí misma con vistas a sus posibilidades de superación. Esta forma de entender la crítica no ha de entenderse como una manera sofisticada de disfrutar de una posición que no se compromete epistemológicamente con la posición situada de sujetos políticos concretos. Por el contrario, intenta aprender de los errores del marxismo y el feminismo, en tanto que además de movimientos que han conquistado derechos y libertades, también han sido coadyuvantes de un reforzamiento del capitalismo (Fraser, 2013; Hochschild, 2011). Así, la paradoja que podemos aprender de estas experiencias históricas es que, si el reconocimiento está vinculado a la relación con el Trabajo, el reto a pensar sería el cómo desestructurar una relación que es tan necesaria para el reconocimiento y la reproducción social. ¿Cómo negarse a ser reconocida como Trabajadora? ¿Cómo afirmar que lo esencialmente económico se refiere a una *oikonomía* que habría que *reincrustar*? ¿Cómo vivir sin Trabajo cuando tal cosa parece inimaginable? “Lo importante para mí es criticar la existente ideología de la ontología del trabajo y no condenar cualquier proyecto como reformista.” (Scholz, 1999: 8).

Por otro lado, uno de los riesgos que se advierten es el de naturalizar la escisión del valor para luchar contra lo *masculino* desde lo *femenino* como si un polo pudiera subvertir al otro, como por ejemplo en lo que algunas feministas llaman “la ética reaccionaria del cuidado”. Según Scholz, existen ejemplos históricos donde movimientos que naturalizaban lo femenino fracasaban o perdían su potencial transformador³¹. En esta línea, la apuesta política es comprender la naturaleza histórica y cambiante de la escisión de género para su superación histórica. Optar por la particularidad frente a la universalidad, por la intuición frente a la lógica, por “los saberes” frente a los expertos, en definitiva, por lo femenino frente a lo masculino, significaría posicionarse en uno de los polos de esas dicotomías derivadas del valor y su escisión. Para Scholz, los movimientos que son definidos por oposición siempre corren el riesgo de “expresar el lado inverso de la socialización patriarcal en el valor.” (Scholz, 1992: 12). Por ende, del mismo modo que no fue posible superar el capitalismo partiendo del punto de vista del Trabajo, tampoco sería posible superar el patriarcado desde un punto de vista femenino sin más.

En fin, en nuestra opinión, la teoría de la escisión del valor puede constituir una base

31 Por ejemplo, Scholz cita el caldo de cultivo que en Alemania acogió a movimientos reaccionarios de todo tipo bajo una cierta idea de “naturaleza” (1992: 12) en buena medida asociada con la feminidad. En ejemplos más recientes, son fundamentales los estudios de Hochschild (2011) para entender las consecuencias culturales no intencionadas del feminismo en “el espíritu mercantil de la vida íntima”. Para el contexto español, puede consultarse una investigación empírica reciente sobre usuarias de terapias *New Age* que indaga sobre estas cuestiones (Blázquez y Cornejo, 2013).

sólida para captar las críticas tanto del feminismo de la igualdad como de la diferencia, e integrar la capacidad problematizadora de los nuevos feminismos. Si para Scholz lo femenino no tiene entidad en sí misma más que en relación dinámica con lo masculino, el esencialismo no es posible. Además de abordar la crítica de la división masculino/femenino en su dinámica, aporta un criterio de delimitación del principio masculino como todo aquello asociado a la forma valor y su racionalidad capitalista, que expone también un principio fuerte para la autonomía femenina sin esencializar las diferencias de género.

4. Conclusiones: la crítica del Trabajo para poner la vida en el centro

La actual crisis vuelve a poner en evidencia el carácter irreformable del capital y la extraordinaria complejidad a la que nos enfrenta. Nos pone sobre la mesa el reto de pensar la contradicción entre Capital-Vida que, como se ha dicho en muchos lugares, es una contradicción irresoluble. Para aclarar los términos de esta contradicción, en la introducción nos referimos a dos puntos problemáticos en algunas teorías feministas que creemos posible resolver: 1) el uso difuso de los conceptos de la teoría marxiana del capitalismo; y 2) la renuncia a explicaciones de las estructuras fundamentales de la jerarquía masculino/femenino en su relación con la totalidad social patriarcal-capitalista.

Sobre el primer punto, en nuestra opinión, no es válida la recurrente metáfora de la "caja de herramientas". Aunque la mayor parte de conceptos de la teoría social son herramientas que pueden utilizarse para caracterizar un objeto de estudio determinado, este no es el caso cuando nos referimos a la sociedad como *capitalista* y utilizamos las categorías de valor, valorización, acumulación, capital, etc. Si no se admite implícita o explícitamente alguno de los conceptos centrales de la crítica de Marx, no sabemos de qué hablamos cuando decimos sociedades "capitalistas": ello podría producir equívocos importantes si la "acumulación de capital" aparece como la causa de todos nuestros problemas, mientras que al mismo tiempo no está muy claro lo que ello significa. El punto positivo es que en ello se está avanzando a pasos agigantados (Pérez Orozco, 2013b y 2014). De este modo, hemos tratado de resumir las interpretaciones más actuales de la teoría crítica del capitalismo que cuestionan radicalmente la idea de trabajo en términos transhistóricos. En este sentido, se ha ofrecido un marco de diálogo para que los feminismos actuales no sigan usando, sobre todo implícitamente, los conceptos marxianos bajo los presupuestos del Trabajo como actividad y del capitalismo como un mero sistema de relaciones de clase.

Hemos tratado de resolver el segundo punto a partir de un resumen de la teoría de la escisión del valor, que vincula el patriarcado y el capitalismo a través de una fundamentación teórica e histórica del valor como principio masculino y de su escisión como principio femenino. En esa argumentación, se ha intentado mostrar que lo femenino no deriva de lo masculino, sino que se trata de dos lógicas temporales diferenciadas que se articulan en una misma totalidad social. Se han señalado ejemplos históricos que se caracterizan por la constante producción de nuevas formas de desigualdad entre hombres y mujeres y que apuntan a la plausibilidad de un marco de comprensión de la dinámica de las relaciones de género en el capitalismo.

Hemos querido escribir este trabajo para intentar que no se omita la discusión con la teoría de Scholz, si bien es una teoría no exenta de problemas y que aún está en

proceso de desarrollo. Su desconocimiento puede relacionarse con la impopularidad de una teoría "fuerte" frente a teorías "humildes", así como con las dificultades de difusión de una autora no académica, aunque ya exista cierta difusión internacional donde se está integrando su discurso (Dahan, 2012; Poulin y Vassort, 2012). También, hemos subrayado que la propuesta de Scholz no implica una teoría de los modos de acción colectiva para superar la sociedad actual, sino un marco para comprender el patriarcado moderno.

Antes de finalizar, queremos mostrar las importantes confluencias que podrían abrirse a partir un diálogo con Roswitha Scholz y la crítica del valor. Desde nuestro punto de vista, este enfoque aporta elementos clave para la superación de la contradicción Capital-Vida. Por un lado, puede resolver algunos problemas de la "economía feminista de la conciliación", y por otro, coincidir en muchos puntos con las "economías feministas de ruptura", de las que Donna Haraway es una de sus principales inspiradoras. En ese sentido, una posible vía podría intentar poner en diálogo a los *cyborgs* con la *escisión del valor*: un encuentro que aún no se ha producido, como ya se lamentaba hace algunos años (Hunger, 2002). Desde la teoría de la escisión del valor, la resolución de la dicotomía entre relativismo y visiones totalizadoras a favor de una perspectiva parcial (Haraway, 1991: 313) no podría fundamentar por qué el capital es *intrínsecamente* incompatible con la vida, sino que únicamente podría limitarse a incompatibilidades "parciales", por así decirlo. Desde Scholz, la crítica de un *keynesianismo de género* habría de basarse no sólo en la posición encarnada de los sujetos, sino en la defensa de que el capital y la vida son *necesariamente* incompatibles en el largo plazo. Aunque este argumento no es *situado* en sentido estricto, tampoco se trata de ningún "truco divino" (Haraway, 1991: 329). Con Scholz, podría fundamentarse la verdad del capitalismo patriarcal del mismo modo que, por ejemplo, la verdad de nuestra interdependencia o la verdad de los límites ecológicos del planeta (Herrero, 2012). Esta afirmación no parte de una ciencia desencarnada, sino de una determinada idea de la *crítica* (Postone, [1993] 2006: 100-103). En esta idea, el problema de la ciencia positiva y de la exterioridad respecto al objeto, se resuelve partiendo de la constatación de que esta sociedad está contradictoriamente estructurada, como Scholz y la propia Haraway repiten a menudo³². En este sentido, las categorías de la crítica del capitalismo pueden ser entendidas como parte de "una etnografía crítica de la sociedad capitalista emprendida desde dentro" (Postone, [1993] 2006: 26). Ello permite que la crítica pueda analizarse a sí misma y ser autorreflexiva. Sin dejar de situarse en su contexto histórico, intenta captar las posiciones parciales como momentos de verdad respecto a la totalidad, al tiempo que se explica a sí misma. Este tipo de conocimiento, con sus paralelismos, no puede reducirse a lo que Haraway (1991) llama las *conexiones parciales*. Desde este tipo de enfoque, no sería necesario renunciar a la totalidad, ni recurrir a la ontología –ni del trabajo ni de los *cyborgs*– (Haraway, 1991: 259), ni enfatizar el problema en términos éticos. Así, con los conocimientos situados, no sería posible entender por qué los efectos encarnados del capitalismo podrían denominarse "capitalistas" y no simplemente "injustos" o "negativos". Los límites internos del capitalismo sólo pueden ser comprendidos

32 "Una posición de sujeto colectivo que prometa una visión de las maneras de lograr una continua encarnación finita, de vivir dentro de límites y contradicciones, de visiones desde algún lugar" (Haraway, 1991: 339). La asunción de las *contradicciones* en Haraway tiene muchos paralelismos con el tipo de crítica que aquí hemos desarrollado (Gunn, 1994), pero la idea de una superación general de las contradicciones del capitalismo es vista como totalizadora (Haraway, 1991: 297). A pesar de la influencia de Marx en Haraway, su lectura sigue atravesada por la confusión entre Marx y marxismo, y por eso mismo no consigue articular su propuesta con el tipo de teoría crítica del capitalismo que aquí hemos esbozado.

en el nivel general a partir de una operación de dar un sentido teórico a sus *síntomas*, de relacionarlos como *sistema*, como único modo posible de superar un *fetichismo*³³ que *constituye* la realidad capitalista –más que “ocultarla”–. Siguiendo a Scholz, los feminismos no tendrían por qué renunciar a esta forma de conocimiento crítico.

Otro punto clave de diálogo se sitúa en la relación entre acumulación de capital, desarrollo tecnológico y potencial liberación del tiempo social. El objetivo de la desestructuración de las formas capitalistas –en tanto que formas temporales– supondría poner en el centro el problema de la desmercantilización del tiempo. Por ejemplo, muchas feministas ya lo están haciendo cuando definen *la vida que merece la alegría ser vivida* como una vida con “tiempo” (Desazkundera, 2013: 2, 11). En esta misma dirección, se sitúan las propuestas del decrecimiento, el ecofeminismo o la crítica del productivismo. A partir del concepto marxiano tan recurrido –pero pocas veces definido– de la *acumulación de capital*, es posible asumir las implicaciones de la “ley general de la acumulación capitalista” (Marx, [1872] 2009: Cap. 3) en términos del carácter superfluo del Trabajo para la producción de riqueza. A causa del desarrollo tecnológico, el Trabajo proletario es crecientemente innecesario para la creación de *mercancías* pero el capital reproduce el Trabajo porque lo necesita para la creación de *valor* (Postone, [1993] 2006: 418-420). Si se produjera una apropiación general de las capacidades de la tecnología para reducir radicalmente el tiempo de Trabajo, podría abolirse el Trabajo, y con él, el valor, su escisión, y el resto de formas capitalistas. En términos más llanos, supondría pasar de la radical escasez de tiempo que tenemos en la actualidad –especialmente las mujeres– a una sobreabundancia de tiempo que posibilitaría condiciones básicas de autonomía: permitiría reorganizar radicalmente quiénes, cuánto y cómo se cuida, eliminaría la hegemonía masculina asociada al Trabajo; posibilitaría el reparto de la riqueza y las tareas, acabaría con el desempleo, y proporcionaría un enorme tiempo disponible para una reorganización social general. Esta clave apunta hacia una salida del capitalismo basada en la *apropiación del tiempo histórico* (Postone, [1993] 2006: 318-341), es decir, en una apropiación de la tecnología realmente existente que pudiera ser usada para una desaceleración generalizada. Los aportes de Haraway y otras feministas³⁴ son fundamentales para imaginar cómo podríamos usar la tecnología actualmente alienada para liberar el tiempo.

Si los feminismos nos han enseñado que los cuidados son lo más importante para la sostenibilidad de la vida, la teoría de la escisión del valor nos podría enseñar que ese es precisamente el motivo por el cual los cuidados no deberían convertirse en Trabajo. Demasiado difícil de imaginar, pero ¿cómo sería esa vida que merece la alegría de ser vivida? Para poner los cuidados en el centro, necesitamos una vida sin Trabajo.

5. Bibliografía

ADAM, Barbara. 1999. “Cuando el tiempo es dinero”, *Sociología del Trabajo*, 37: 5-39.

33 Por poner un ejemplo importante, la idea de la economía productiva/industrial/real frente a la economía irreal/ficticia/financiera, sería una forma clásica de fetichización que históricamente se repite una y otra vez. Tal problema difícilmente puede ser resuelto desde una epistemología “situada”.

34 Véase, por ejemplo, Schwartz Cowan ([1976] 2011 y 1989). Una expresión en Haraway apunta a la misma idea, a saber, que las potencias inscritas en lo que hay se transformen en lo que podrían ser: “El *cyborg* es [...] una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica” (Haraway, 1991: 254). Hasta donde sabemos, esta idea no llega a desarrollarse en términos de liberación de tiempo.

ARENDR, Hannah. [1958] 2005. *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

ARTIAGA, Alba; Amparo SERRANO y Eduardo CRESPO. 2013. "La delegación del cariño: modelos híbridos entre el familiarismo y la mercantilización/profesionalización de los cuidados". Presentado en IV Congreso de Economía Feminista, Octubre, Carmona (Sevilla).

BEAUVOIR, Simone de. [1949] 1973. *El segundo sexo. La experiencia vivida*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

BIHR, Alain. 2010. "La problématique de la reproduction du capital dans «Le Capital»", *Marx Au Xxie Siècle, L'esprit Et La Lettre*. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).

BLÁZQUEZ, Maribel y Mónica CORNEJO. 2013. "Empoderamiento de género en las medicinas alternativas y complementarias (MAC) de influencia New Age. ¿Es el holismo feminista?". Presentado en el XI Congreso Español de Sociología, 10-12 Julio, Madrid.

BORDERÍAS, Cristina y Cristina CARRASCO. 1994. "Introducción." Pp. 15-110 en *Las mujeres y el trabajo: Rupturas conceptuales*, compilado por C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany. Barcelona: Icaria.

CARRASCO, Cristina. 2001. "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?", *Mientras Tanto*, 82: 43-70.

CARRASCO, Cristina; Cristina BORDERÍAS y Teresa TORNS. 2011. "Introducción. El trabajo de cuidados. Antecedentes históricos y debates actuales." Pp. 13-98 en *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*, editado por T. Torns. Madrid: La Catarata.

CASTEL, Robert. 1997. *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

CASTILLO, Carlos. 2003. "Presentación a El trabajo como relación social", *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 21(2): 5-12.

CASTILLO, Carlos y GARCÍA, Jorge. 2001. "Marx, entre el trabajo y el empleo". Presentado en el VII Congreso Nacional de Sociología, 20-22 Septiembre, Salamanca ([Disponible aquí](#)).

CRENSHAW, Kimberle. 1991. "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color", *Stanford Law Review*, 43(6): 1241-1299

DAHAN, Sylviane. 2012. "Sadocapitalisme. Préface à «Sexe, capitalisme et critique de la valeur»" *Europe solidaire sans frontières*, 31 de julio. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).

DALLACOSTA, Maria Rosa. 2009. *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal.

DEAZKUNDEA. 2013. "Construyendo las vidas que merezcan la alegría de ser vividas" *Desazkundea*. Obtenido el 1 de junio de 2014 ([Disponible aquí](#)).

DUJARIER, Marie Anne. 2010. *El ideal en el trabajo*. Madrid: Modus laborandi.

ENDNOTES. 2013. "The logic of gender. On the separation of spheres and the process of abjection" *endnotes.org.uk*. Obtenido el 9 de junio de 2014 ([Disponible aquí](#)).

EZQUERRA, Sandra. 2011. "Crisis de los cuidados y crisis sistémica: la reproducción como pilar de la economía llamada real", *Investigaciones feministas*, 2: 175-194.

FEDERICI, Silvia. [2008] 2013. "La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista." Pp. 153-180 en *La revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, de S. Federici. Madrid: Traficantes de Sueños.

FRASER, Nancy. 2012. "Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista", *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 118: 13-28.

FRASER, Nancy. 2013. "De cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo. Y la manera de rectificarlo". Sinpermiso.info, 20 de octubre. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).

GARCÍA, Jorge; Jorge LAGO; Pablo MESEGUER y Alberto RIESCO. 2005. "Una introducción al trabajo como relación social." Pp. 19-104 en *Lo que el trabajo esconde*, compilado por J. García, J. Lago, P. Meseguer y A. Riesco. Madrid: Traficantes de sueños.

GARCÍA CALVO, Agustín. 1993. *Contra el tiempo*. Zamora: Lucina.

GUNN, Richard. 1994. "Marxism and contradiction", *Common Sense*, 15: 53-59.

HARAWAY, Donna. 1991. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

HARDT, Michael. 2006. "Trabajo afectivo". *Aleph-arts.org*. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).

HARDT, Michael y Antonio NEGRI. 2000. *Imperio*. Barcelona: Paidós.

HARTMANN, Heidi. 1980. "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", *Zona Abierta*, 24: 85-113.

HERRERO, Yayo. 2012. "Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas", *Revista de Economía Crítica*, 13: 30-54.

HIMMELWEIT, Susan. 1995. "El descubrimiento del trabajo no remunerado. Consecuencias de la expansión del término 'trabajo'". Pp. 199-224 en *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*, editado por C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns. Madrid: La Catarata.

HIMMELWEIT, Susan y Simon MOHUN. 1977. "Domestic labour and capital", *Cambridge Journal of Economics*, 1(1): 15-31.

HIRATA, Helena y Philippe ZARIFFIAN. 2002. "El concepto de trabajo". Pp. 33-36 en *Diccionario crítico del feminismo*, editado por H. Hirata, F. Laborie, H. Le Doaré y D. Senotier. Madrid: Síntesis.

HOCHSCHILD, Arlie. 2011. *La mercantilización de la vida íntima*. Buenos Aires: Katz.

HOMS, Clement. 2012. "Critique du substantivisme économique de Karl Polanyi", *Sortir de l'économie*, 4: 140-194.

HUNGER, Francis. 2002. "Donna Haraway und Roswitha Scholz haben sich bisher nicht getroffen". Irmelin Francis Hunger. Obtenido el 11 de junio de 2014 ([Disponible aquí](#)).

JAPPE, Anselm; Robert KURZ y Claus ORTLIEB. 2009. *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Logroño: Pepitas de calabaza.

- JAPPE, Anselm. 2011. *Crédito a Muerte*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- KRISIS. [1999] 2002. *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: Virus.
- KURZ, Robert. 2004. "Entrevista a Robert Kurz". *Exit-online.org*. Obtenido el 11 de junio de 2014 ([Disponible aquí](#)).
- LÓPEZ GIL, Silvia. 2013. "Filosofía de la diferencia y teorías feministas contemporáneas". Tesis Doctoral. Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma de Madrid.
- MARCUSE, Herbert. 1976. "Marxismo y feminismo". Pp. 7-26 en *Calas de nuestro tiempo*, de H. Marcuse. Barcelona: Icaria editorial.
- Martínez Veiga, Ubaldo. 1995. *Mujer, trabajo y domicilio. Los orígenes de la discriminación*. Barcelona: Icaria.
- MARUANI, Margaret. 2002. Trabajo y el empleo de las mujeres. Madrid: Fundamentos.
- MARX, Karl [1866] 1997. *El Capital*. Libro Uno. Capítulo VI inédito. México: Siglo XXI.
- MARX, Karl [1872] 2009. *El Capital*. Vol. 1. México: Siglo XXI.
- Molyneux, Maxine. 1975. "Más allá del debate sobre el trabajo doméstico". Pp. 13-52 en *El debate sobre el trabajo doméstico*, compilado por D. Rodríguez y J. Cooper. 2005. México: UNAM.
- PÉREZ OROZCO, Amaia. 2006. *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: CES.
- PÉREZ OROZCO, Amaia. 2012. "De vidas vivibles y producción imposible". *Rebellion.org*, 6 de febrero. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).
- PÉREZ OROZCO, Amaia. 2013a. "Citius, altius, fortius". *Periódico Diagonal – Blog Vidas Precarias*, 2 de agosto. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).
- PÉREZ OROZCO, Amaia. 2013b. "La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿y eso qué significa?". Presentado en IV Congreso de Economía Feminista, Octubre, Carmona (Sevilla).
- PÉREZ OROZCO, Amaia. 2014. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- PÉREZ OROZCO, Amaia y Silvia LÓPEZ GIL. 2011. *Desigualdades a flor de piel: Cadenas globales de cuidados*. Madrid: ONU Mujeres.
- POLANYI, Karl. [1944] 1989. *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- POSTONE, Moishe. [2000] 2007. "Repensar la teoría crítica del capitalismo". Pp. 35-45 en *Marx reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, de M. Postone. Madrid: Traficantes de sueños.
- POSTONE, Moishe. [1993] 2006. *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons. [Las páginas citadas se corresponden con una versión electrónica.] Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Disponible aquí](#)).
- POSTONE, Moishe. 2012. "Thinking the global crisis", *The South Atlantic Quarterly*, 111(2): 227-249.
- POULIN, Richard y Patrick VASSORT (dir.). 2012. *Sexe, capitalisme et critique de la valeur*. Québec: M Editeur.

PRECARIAS A LA DERIVA. 2006. "De la precarización de la existencia a la huelga de cuidados". Pp. 104-134 en *Estudios sobre género y economía*, editado por M. J. Vara. Madrid: Akal.

PRIETO, Carlos. 2007. "De la 'perfecta casada' a la 'conciliación de la vida familiar y laboral' o la querelle des sexes en la modernidad española". Pp. 21-48 en *Trabajo, género y tiempo social*, editado por C. Prieto. Madrid: Hacer.

PRIETO, Carlos, Ramón RAMOS y Javier CALLEJO (coords.). 2009. *Nuevos tiempos del trabajo: entre la flexibilidad de las empresas y las relaciones de género*. Madrid: CIS.

RODRÍGUEZ, Dinah y Jennifer COOPER (comps.). 2005. *El debate sobre el trabajo doméstico*. México: UNAM.

SÁNCHEZ CRIADO, Tomás. 2012. "Las lógicas del telecuidado". Tesis doctoral. Departamento de Antropología Social, Universidad Autónoma de Madrid.

SCHOLZ, Roswitha. 1992. "O valor é o homem" [El valor es el hombre], *planetaclix.pt*. ([disponible aquí](#)).

SCHOLZ, Roswitha. 1999. "¡Fuera holgazanas! Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo", *planetaclix.pt*. ([disponible aquí](#)).

SCHOLZ, Roswitha. 2000. "O sexo do capitalismo" [El sexo del capitalismo]. Libro original: *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die postmoderne Metamorphose des Patriarchats*. Horlemann Verlag: Bad Honnef.

SCHOLZ, Roswitha. 2004. "A nova critica social e o problema das diferenças" [La nueva crítica social y el problema de la diferencia], *planetaclix.pt*. ([disponible aquí](#)).

SCHOLZ, Roswitha. 2007. "Homo Sacer e os ciganos" [El Homo sacer y los gitanos], *planetaclix.pt*. ([disponible aquí](#)).

SCHOLZ, Roswitha. 2010. "El patriarcado productor de mercancías". Presentado en la Sociedad de Estudios de Teoría Crítica, noviembre 2013, Madrid. [Próxima publicación en Constelaciones].

SCHOLZ, Roswitha 2011. "O tabu da abstracção no feminismo" [El tabú de la abstracción en el feminismo], *planetaclix.pt*. ([disponible aquí](#)).

SCHOLZ, Roswitha. 2013. "El patriarcado productor de mercancías". Debate en Madrid. Obtenido el 21 de diciembre de 2013 ([Audio disponible aquí](#)).

SCHWARTZ COWAN, Ruth. 1989. *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*. London: Free Association.

SCHWARTZ COWAN, Ruth. [1976] 2011. "La 'revolución industrial' en el hogar: tecnología doméstica y cambio social en el siglo XX". Pp. 97-121 en *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*, editado por C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns. Madrid: La Catarata.

SCOTT, Joan. 1996. "El género: Una categoría útil para el análisis histórico." Pp. 265-302 en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por M.

Álvaro BRIALES

*Para una crítica de todos los Trabajos: la teoría de la escisión del valor
entre las críticas feministas del capitalismo*

Lamas. PUEG, México.

SMITH, Paul. 1978. "Domestic Labour and Marx's Theory of Value". Pp. 198-219 en *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production*, editado por A. Kuhn y A. Wolpe. Boston: Routledge.

TORNS, Teresa. 2007. "El tiempo de trabajo y las relaciones de género: las dificultades de un cambio ineludible". Pp. 269-278 en *Trabajo, género y tiempo social*, editado por C. Prieto. Madrid: Hacer.

WALLER, William y Ann JENNINGS. 1991. "A Feminist Institutional Reconsideration of Karl Polanyi", *Journal of Economic Issues*, 25(2): 485-497.

WILLIAMS, Raymond. [1976] 2000. *Palabras clave*. Buenos Aires: Nueva Visión.